

GLORIA JOSEPHINE HIROKO ITO SUGIYAMA*

Una extraña dialéctica, una dialéctica de la muerte, rige la relación villaaurrutiana entre el sufrimiento vívido y la existencia, como parte de su concepción poética. Gracias al dominio metafórico que alcanza Xavier Villaurrutia acerca del tema de la vida y de la muerte, logra formular y hacer que surja desde lo más profundo de sus entrañas la angustia que le genera.

El poeta estructura el espacio imaginario en el que las relaciones entre su deseo como sujeto y los objetos o los obstáculos que le ofrece el mundo pueden expresarse llenando los lugares por lo común vacíos, los puntos ciegos que resaltan de su situación problemática, de modo metafórico o dejando aflorar esa angustia que provoca la ocupación imaginaria de esos vacíos, para aliviar la angustia que lo carcome, y movilizarla hacia la Muerte.

Para Xavier Villaurrutia, como para gran parte de los poetas, la noche, la vida, las sombras, los fantasmas convergen en un camino hacia la muerte, que en su caso particular le producen angustia, y lo hace reflexionar acerca de aquello que no existe, pero sí presente: la angustia de vivir para la muerte.

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

Su composición poética es una constante lucha que le permite el juego entre el amor y la muerte, entre la calidez y la frialdad, entre el hielo y el fuego, en que el estatismo resulta imposible por tratarse de *hielo ardiente* y *fuego yerto*, donde el hielo tiende a enfriarse y el fuego a arder.

Todo esto dentro de una dialéctica, un vaivén que marca una evolución, mediante oposiciones, argucias y sutilezas. Si esto se pierde de vista —y ello tiende constantemente a acontecer—, socavados los cimientos, se agrieta el tiempo y resurge el monstruo amenazante, el desequilibrio, llevado al extremo, una de las causas que provocan crisis en el poeta.

Mientras el sufrimiento es más intenso, desesperante y sin remedio, el sistema simbólico que lo anula es más rico, matizado y sutil.¹

Villaurrutia entiende la vida y la muerte como un proceso, *un continuum*, en donde una genera a la otra y la otra a la una, y donde una no es posible sin la otra.

La muerte es lo que, al final, da la vida, dialécticamente, impone la conciencia de la existencia. Es la que confiere a cada acto un significado y, a cada instante que pasa su unicidad. En la duración indistinta, se singulariza:

¡Qué prueba de la existencia
habrá mayor que la suerte
de estar viviendo sin verte
y muriendo en tu presencia!²

¹ Véase también a este respecto el prefacio de Georges Balandier a la reedición de la obra de R. Hertz. *Sociologie religieuse et folklore*, PUF, 1970, principalmente "Contribution à une étude sur la représentation collective de la mort". También J. Duvignaud, "La mort, et après ?", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. I, 1971, p. 293.

² Xavier Villaurrutia, *Décima Muerte*, p. 76.

La muerte, la existencia sin existente, la forma vacía del ser, es esa lúcida conciencia: A medida que se vive se muere y la prueba de la existencia es, paradójicamente, que algún día se habrá de morir. Mas quien nunca ha muerto, no ha experimentado en carne propia el morir: “de amar a lo nunca visto/ y de esperar lo imprevisto;/ este caer sin llegar [...]”.³

Saberla sin sentirla, por medio de razonamiento. La *razón*, expresión cartesiana, es la raíz perfecta de la decantación de la metafísica helénica, iniciada por Parménides y llevada a su perfección por Platón y Aristóteles. El sentido común es el más alto descubrimiento de la metafísica aristotélica. Aun en el producto más refinado del alambique intelectual interviene la fatalidad, y en Villaurrutia es: “la angustia de pensar/ que puesto que muero existo”.⁴ Angustia solitaria, contradictoria, relación suspendida, estéril en ocasiones, pero también de fertilidad extrema. Contradicción y ubicuidad presuponen una identidad latente. Entre el sueño y la realidad hay una oscilación constante con la que tensa su existencia y lucidez con la que expresa sus dubitaciones, donde interviene la muerte. El sueño como muerte y la Muerte como sueño. Una muerte que es omnipotente, omnipresente: “Si en todas partes estás”;⁵ y omnimoda, comprende la totalidad de los aspectos: “en el agua y en la tierra,/ en el aire que me encierra/ y en el incendio voraz;/ y si a todas partes vas”.⁶

Como seres humanos vivimos una situación incómoda, paradójica, contradictoria. Quisiéramos la eternidad, en nuestro afán por la inmortalidad, pero nos vemos limitados por la muerte insidiosa y todo lo que no nos permite asumir una subjetividad

³ *Idem*

⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

⁶ *Idem.*

completa. El deseo del todo, conspiración divina, es una constante del hombre, pero ninguna vida humana agota la totalidad de los “posibles”, ninguna satisface el deseo del todo. Sólo la complementariedad activa entre todas las subjetividades incompletas, entre todos los implicados, crea la realidad completa. En este sentido, la muerte es la única que logra abarcar la totalidad, nos acompaña siempre y lo es todo:

Si en todas partes estás,
y si a todas partes vas [...]
y si en mi sangre confundida [...]
no serás, Muerte, en mi vida,
agua, fuego, polvo y viento?⁷

Xavier Villaurrutia aprehende la muerte por medio de la inteligencia, y aunque en el fondo la rechaza, la acepta como suya, tiernamente, y le brinda como sustento su propia vida al internalizarla como su amada:

Si te llevo en mí prendida
y te acaricio y escondo;
si te alimento en el fondo
de mi más secreta herida:
si mi muerte te da vida [...].⁸

De este modo, a medida que el poeta se consume, la Muerte arde alimentándose de él. Y, precisamente, en él queda la angustia de tener que afrontarla:

En vano amenazas, Muerte
cerrar la boca a mi herida

⁷ *Idem.*

⁸ *Op. cit.*, p. 79.

y poner fin a mi vida
con una palabra inerte.⁹

A pesar de estar consciente de que la muerte es vida, le teme. Aunque sabe de su trascendencia, el conocer con certitud que hay un fin de esta existencia, determina su vida:

No duermo para que al verte
llegar lenta y apagada,
para que al oír pausada
tu voz que silencios vierte, [...]]
pueda, sin sombra de sueño, [...]]
sentir que muero despierto.¹⁰

Pareciera que Xavier Villaurrutia dijera: Frente a ti que eres desierto, apagado solitario, yerto, en la vigilia, me dispongo a la espera de por fin saber lo que es morir. Sólo le restaba vivir lo que significa su propia muerte.

La dialéctica del deseo, no sentirla, y no obstante, ansiar sufrirla, no quiere ni presentirse: “Si tienes manos, que sear/ de un tacto sutil y blando”. Al poeta la presencia constante de la Muerte le provoca una inquietud infinita: *no duerme* y el insomnio lo fatiga, causándole un malestar.

La muerte arroja su sombra íntegramente y sobre cada uno, cubriéndolo todo por entero. Ningún proyecto se ejecuta sin ella. Habita el último de nuestros pensamientos. La muerte llega a nosotros:

Por caminos ignorados,
por hendiduras secretas,
por las misteriosas vetas
de troncos recién cortados, [...]]
entrar [...].¹¹

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Op. cit.*, p. 77.

¹¹ *Idem.*

La muerte, lo absoluto, hielo que consume y fuego que activa a la vez, lo que destruye o modifica más allá de las categorías del entendimiento racional. La muerte fractura nuestra conciencia. Por esa brecha abierta se han precipitado fuerzas nuevas que han transformado la percepción humana de la vida y de la muerte. En la oscuridad de su interior, en la intimidad del poeta, entra misteriosa, para conducirlo a la luz.

No solamente la muerte se reconoce como hecho, ni de modo único es sentida como una pérdida, desaparición, lesión irreparable, también se concibe como transformación de un estado en otro:¹²

En el roce, en el contacto,
en la inefable delicia
de la suprema caricia
que desemboca en el acto,
hay un misterioso pacto [...] en que un núcleo alucinante
y un infierno de agonía
se funden cuando eres mía
y soy tuyo en un instante.¹³

Y paradójicamente, ya que en la ausencia no hay nada, tú, Muerte: “¡Hasta en la ausencia estás viva!” (*idem*) y todo vive cuando se muere, dejando ausencia, un hueco, el vacío: lo *yer-to*: la muerte, ese vacío.

El cuestionamiento del ser nos produce un sentimiento de desdén y de terror.¹⁴ Será porque en el silencio nocturno lo que horroriza es, no la muerte, sino el ser:

¹² Véase E. Morin, *Le Paradigme perdu*, p. 109.

¹³ Xavier Villaurrutia, *op. cit.*, p. 78.

¹⁴ Cfr. Alain Finkielkraut, *La sabiduría del amor*, p.18 f.

[...] porque en mi propia saliva
fundes tu sabor sombrío,
y a cambio de lo que es mío
me dejas sólo el temor
de hallar hasta en el sabor
la presencia del vacío.¹⁵

Se está menos aterrado por la cesación de la existencia que por esa existencia incesante que lo envuelve a uno: esa envoltura “opaca, febril, cambiante”.¹⁶

El morir produce un trauma en el ser humano que se manifiesta en sus ritos para exorcizarlo y provocar su aniquilamiento:

y que tus ojos me vean
sin mirarme, de tal suerte
que nada me desconcierte
ni tu vista ni tu roce,
para no sentir un goce
ni un dolor contigo, Muerte.¹⁷

En cierto sentido, el ser humano jamás acepta su muerte. Siempre la percibe en su negatividad, a pesar de estar consciente de la dialéctica vida-muerte, donde no hay muerte sin vida, ni vida, sin muerte. Vaso inagotable de la concepción villaurrutiana.

Todo el proceso de morir está de alguna manera subtendido por una esperanza permanente que toma las formas más variadas, según los diferentes estados por los que atraviesa.¹⁸

“En vano amenazas, Muerte [...] / poner fin a mi vida”.¹⁹

¹⁵ Xavier Villaurrutia, *op. cit.*, p. 78

¹⁶ *Ibid.*, *op. cit.*, p. 77.

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ Cfr. Jean Ziegler, *Los vivos y la muerte*, p. 294.

¹⁹ Xavier Villaurrutia, *op. cit.*, p. 79.

Llegar a la inercia me asusta y por ello me precipito a tu encuentro muriendo día con día. Cruel resulta morir, pero más no poder morir: “tuve que violar la espera/ [...]; en vista de tu tardanza/[...] no hay hora en que yo no muera!”.²⁰

La imposibilidad para el yo de no ser el mismo marca el carácter fundamentalmente trágico del yo, el hecho de que esté clavado a su ser.²¹ No amar resulta ser el dolor más abyecto.

Prisionero de ti, vivo
buscándote en la sombra
caverna de mi agonía.²²

En la dialéctica de la renuncia está la voz del pensamiento místico: “has preferido, primero,/ para salvarte, perderme”.²³ Pero, paradójicamente la agonía no cesa: “porque mi muerte es tu muerte”.²⁴

Un grupo de sucesos incluye al otro en su rítmico movimiento y está, a su vez, lleno de oscilaciones aún más amplias. Uno emerge del seno de otro y se funde con el recién surgido. Variados hechos ocurren o pueden tener lugar, sin coincidir en el ritmo pulsador de sus muchos “ahoras”: “¿Por qué [...]no rompemos esta angustia/ para salir de la nada?”

Y qué objeto tendría, si: nuestro amor está hecho de silencios prolongados y “nuestros labios [están] cerrados” y “el corazón deshecho”.²⁵

Muchos “ahoras” caen dentro de la unidad del presente, y esta múltiple simultaneidad, discontinua y cambiante en su ritmo,

²⁰ *Idem.*

²¹ *Cfr. Lévinas, Entre nous. Essais sur penser-à-l'autre*, p. 142.

²² Xavier Villaurrutia, *Décimas de nuestro amor*, p. 85.

²³ *Ibid.*, p. 85.

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Idem.*

no puede darse en una dimensión, ni como todo ni como parte. Sólo podría suceder en lo profundo de perspectivas y horizontes infinitos: “Mi amor [...] / sigue viviendo [...] / [...] será toda mi vida / esta angustia de buscarte / a ciegas, con la escondida / certidumbre de no hallarte”.²⁶

Fuego que arde, próximo a la extinción. Este tipo de enlace constituye el carácter del cambio temporal, y hace posible una inmediata referencia de momento a momento: Si nada [...] / si no [...] / perdida toda esperanza, / es... ¡la desesperación!²⁷

Sólo la simultaneidad, la inclusión parcial o total de numerosos acontecimientos puede ofrecer un fundamento para tal posibilidad, y establece así una continuidad de fenómenos íntimamente ligados que dan sentido al presente, al pasado y al futuro. Esta continuidad y sucesión requieren de esta trabazón, y ésta implica sustancia y profundidad dimensional:

A mí mismo me prohíbo
buscándote en la sombría caverna de mi agonía [...]
y si el corazón deshecho
sangra como la granada [...]
en su sombra congelada.²⁸

Y no sabes que tu ausencia

Tu ausencia, frialdad solitaria, ausencia del amado, fuego que se apaga, noche oscura de penumbra y amargura, de desolación:

es más dolorosa cuando
la soledad se va ahondando, [...]
Esta incertidumbre oscura
que sube en mi cuerpo y que

²⁶ *Ibid.*, p. 88.

²⁷ *Ibid.*, p. 87.

²⁸ *Ibid.*, p. 85.

deja en mi boca no sé qué desolada amargura;
este sabor que perdura.²⁹

[...] y yo seguiré pensando
que no hay esperanza cuando
la esperanza es tortura.
Si nada espero, [...]

Pero, no obstante, angustia infinita, dolorosa, sin fin. Desear y querer olvidar. Añorar y no poder olvidar. Si algo es en el pasado, su realidad entera descansa en la memoria, y la memoria es siempre memoria presente. Amor, perpetuo descubrimiento, recreación constante, pero amor frío, de muerte. Buscar, a sabiendas de no hallar. Búsqueda perpetua sin encuentro:

Mi amor por ti ¡no murió!
Sigue viviendo en la fría,
ignorada galería
que en mi corazón cavó.
Por ella desciendo y no
encontraré la salida,
pues será toda mi vida
esta angustia de buscarte
a ciegas, con la escondida
certidumbre de no hallarte.

Quizá constituya una extensión de su cuerpo lleno del espíritu superior. El pasado y su realidad espiritual están presentes y le pertenecen. Por lo que respecta al futuro, le es posible vivir, proyectarlo hacia él, pero esto no es esencial. Esencial al vivir la vida es, sin embargo, el hecho de la proyección misma.

Lo que vale es el *hic et nunc*, el presente: “[...] la esperanza/ [...] ¡Aquí está!”³⁰

²⁹ *Ibid.*, p. 86.

³⁰ *Ibid.*, p. 87.

La vida espiritual es proyección y autoabandono, aunque no proyección lineal. La vida puede ser vivida y proyectada hacia el futuro, pero vive también apoyada sobre el pasado o se dirige a dimensiones latentes que no son ni pasadas ni futuras:

Y tus palabras transidas
y las mías delirantes
de aquellos breves instantes
prolongaban nuestras vidas.³¹

Dialéctica que conduce a la afirmación, al nacimiento, al surgimiento, debido al rechazo que experimenta con la negación, encaminada hacia la muerte, que no obstante es un eco y su voz en un hueco:

[...] y en el silencio sombrío
sin quererlo, a pesar mío,
oigo tu voz en el eco
y hallo tu forma en el hueco
que has dejado en el vacío.³²

En el presente vivimos, el pasado y futuro sirven de sostén espiritual. El presente hace eco de la reverberación de la vida y de la muerte en una experiencia real. Todo se remite al presente vivo en virtud de su incorporación a la existencia de la realidad del momento: hielo ardiente, fuego yerto.

La vida genera muerte, al igual que la muerte, vida. Sentimientos que son como reflejos en el espejo:

[...] si no me dejas verte/ es por no ver en la mía/ la imagen de tu agonía.³³

³¹ *Ibid.*, p. 87.

³² *Ibid.*, p. 86.

³³ *Ibid.*, p. 85.

Dimensión plástica, sensorial, peculiar, “villaurrutiana”, de mundos imaginarios que se expanden en todos sentidos y con múltiples significados: dialéctica, dualidad de dualidades: “Sangra como la granada/ en su sombra congelada”.³⁴ Fuego ardiente, hielo inerte. Fuego, vivo pero a la vez muerto, sangrando, como signo de la angustia constante generada, y hielo yerto a la sombra de la Muerte que, no obstante, vive. Todo esto en una suerte de transmutación alquímica.

Pretender cuantificar o construir algo adquiere dureza y pierde su interés, debido a su rigidez. Por eso nuestra experiencia inmediata presente surge y vive, en una dialéctica que mengua o se expande, latiendo siempre con el pulso de los horizontes flexibles, la única realidad concreta es la que vive en el centro de esta actualidad presente: el amor. Amor por la vida, amor a la muerte, dualidad que coexiste en el poeta, simultáneamente, provocándole angustia, en una mar de hielo y fuego.

Hablamos del ahora presente, campo abierto de dimensiones convergentes y divergentes, de dimensiones y horizontes que se desvanecen en todas direcciones del tiempo y del espacio, retornando al reposo, a la presencia eterna, rígida, helada, contraponiéndose al presente movable y plástico. En él podemos proyectar y proyectarnos hacia un número infinito de dimensiones: hacia el pasado, hacia el futuro, más allá de nosotros mismos, o hacia los mundos imaginarios.

La dialéctica de la muerte que puebla al mundo de Xavier Villaurrutia se expresa mediante una tensión entre el amor y la muerte, lo caliente y lo frío, en donde el hielo arde y el fuego se congela.

³⁴ *Ibid.*, p. 86.

BIBLIOGRAFÍA

- BALANDIER, G., *Sociologie religieuse et folklore*, PUF, París 1970.
- DUVIGNAUD, J., "La mort, et après ?", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. 1, 1971.
- FINKIELKRAUT, A., *La sabiduría del amor*, Gedisa, Barcelona, 1986.
- LEVINAS, E., *Entre nous. Essais sur penser-à-l'autre*, Éditions Bernard Grasset, Paris 1991.
- MORIN, E., *Le Paradigme perdu*, Seuil, Paris, 1973.
- HERTZ, R., *Sociologie religieuse et folklore*, PUF, París, 1970.
- VILLAURRUTIA, Javier, *Nostalgia de la muerte*, FCE/SEP, México, 1984 (Lecturas Mexicanas).
- ZIEGLER, J., *Los vivos y la muerte*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1976.